

servicios constituyéndola en una población que no se halle bajo la dominación de los franceses (1).

—El vecindario de Madrid, dijo Manuel, sabrá dar auxilio al gobierno en el momento que lo pida.

—El pueblo de Madrid es valiente y anhela romper el férreo yugo; pero yo desearía que se organizase la resistencia, que nos batiéramos en el campo, que se derramase la sangre del soldado y se economizara mucho la del honrado padre de familia. Un día de combate en Madrid será, señores, horroroso. Dentro de la capital tenemos la guardia imperial de á pie y de á caballo, una división de infantería mandada por el general Musnier y una brigada de caballería. Las demás divisiones del ejército del mariscal Moncey se hallan acantonadas en Fuencarral, Chamartin, la Casa de Campo, Pozuelo y el convento de San Bernardino, teniendo dispuesto en el Retiro numeroso tren de artillería. Estas tropas suben por lo menos á 25,000 soldados. En el Escorial, Toledo y Aranjuez están alojadas las di-

(1) Fueron los nombrados para la nueva junta el conde de Ezpeleta, capitán general de Cataluña, que debía presidirla; D. Gregorio de la Cuesta, capitán general de Castilla la Vieja; el teniente general D. Antonio de Escaño, D. Gaspar Melchor de Jovellanos, y en su lugar y hasta tanto que llegase de Mallorca, D. Juan Perez Villamil y D. Felipe Gil Taboada.—Toreno.

visiones de Dupont, y la capital por lo tanto cercada con una doble línea. ¿Qué tropas podemos oponerles? Tres mil hombres de tropas españolas que componen parte de la guarnición de Madrid.

—Y el pueblo: repitió Manuel.

—Quiero economizar su sangre.

El conde llamó de nuevo la atención y dijo.

—Nos hemos reunido, señores, para ponernos al corriente del estado de los negocios, y hemos trazado un cuadro fiel de la situación del país: enterados de ella quiero manifestar á Vds. mi conducta particular desde el alzamiento de Aranjuez. En él tomé parte disfrazado y bajo el nombre del *tio Pedro*; despues de él he velado siempre por el rey, y no he descansado hasta descubrir la correspondencia secreta que ha mediado entre los reyes padres y Murat por medio de la reina de Etruria: logré sorprenderla la víspera de la marcha del rey, fui á hablar á S. M. y me dijeron que dormía; pasé la noche con los guardias de Corps, hice instancias al dia siguiente, esperé á S. M. en la escalera, y por mas que procuré llamar su atención, se contentó con saludarme, señores, y tomó el camino de Burgos. Grité como un desesperado, pero mis gritos se perdieron entre los de la multitud y el

ruido de los carruages. Entonces llamé á este honrado mozo, le di cartas para personas de la comitiva del rey, no hicieron caso de mis avisos como no lo habian hecho de los de Her-vas, y los fatales resultados prueban la impericia de Escoiquiz y de los demas consejeros. ¿He cumplido con mi deber?

Todos respondieron que sí.

La discusion habia sido larga y ya se acercaba la noche: el estenso salon alumbrado por la débil luz del crepúsculo ocultaba á los concurrentes entre sombras, y muchos se disponian á marchar, cuando el hombrecillo que hemos visto introducirse furtivamente dijo.

—No saben Vds. lo mejor: el gran duque de Berg y de Cleves ha presentado hoy á la junta una carta de Carlos IV para que la reina de Etruria y el jóven infante D. Francisco pasen inmediatamente á Bayona.



CAPITULO XXII.

Daoiz.

En los elegantes salones del opulento conde de Montijo se trataban, como hemos visto, asuntos de grande importancia; y en un sencillo gabinete de la casita de Daoiz estaba una jóven hermosa entregada á meditaciones ya melancólicas y ya alegres. Rosa recordaba sus amores con el intrépido Velarde, y sus hermosos ojos negros lanzaban miradas brillantes llenas de entusiasmo y amor: pero re-

cordaba al mismo tiempo aquel desposorio de familia que habia autorizado Daoiz , y al instante sus ojos húmedos hacian conocer que recordaba las agudas penas de Luis.

Rosa era altiva como el águila y habia aplaudido algunos dias la resolucion de su hermano; aquella resolucion bizarra de no dar una queja á Elisa , y de portarse como si nunca hubieran abrigado amor; pero como via á Luis consumirse y debilitarse velozmente su naturaleza de bronce ; como le via pálido, triste y meditabundo; como sabia que dormia poco, que comia menos y que se iba haciendo insociable, procuró cambiar su conducta é inclinarlo á que hablára de nuevo á Elisa. Luis oia los consejos de su hermana , á quien amaba con extremo , sin interrumpirla , pero despues de haberla oido la besaba cariñoso en la frente y la decia con amargura; « Parece, Rosa, que no eres mi sangre.» Rosa se enjugaba algunas lágrimas y no reiteraba su súplica.

Resentida, tanto como Luis , del comportamiento de Elisa, no habia vuelto á verla desde la noche del baile del duque de M...., y habia trascurrido un mes entero sin que se habláran dos amigas tan acostumbradas á tratarse. Rosa soportaba esta ausencia sin pena, merced á su resentimiento ; pero Elisa que se veia aislada cuando necesitaba consejos y qui-

zás también compasión, que no tenía quejas de Rosa, y que flotaba entre las olas de una pasión desenfrenada, se acordaba siempre de su amiga, pero temía mucho presentarse ante la hermana de Daoiz.

Había dudado muchos días entre su temor y su deseo, pero la tarde del 30 de abril, tarde de terribles combates entre la virtud y el amor, se decidió á ocultar sus lágrimas en el seno de una tierna amiga, y dirigió sus trémulos pasos hácia la morada de Luis.

Continuaba la niña Rosa sus profundas meditaciones, pero la distrajo de repente el ligero ruido de una mampara, alzó la cabeza y exclamó con una mezcla singular de sentimiento y de placer.

— ¡Elisa!

— Rosa, murmuró la recién llegada tendiendo la mano á su amiga.

El resentimiento de Rosa desapareció como la niebla á los primeros rayos del sol, estrechó la mano de su amiga, y ambas jóvenes se sentaron en un mullido confidente.

— ¡Cómo me has abandonado, Rosa! dijo Elisa dando un suspiro.

— Tú nos abandonastes primero, replicó Rosa con dulzura.

Las mejillas de Elisa se pusieron como dos flores de granado y dos gruesas lágrimas cu-

brieron sus anchas y azules pupilas: hizo un esfuerzo sobre sí y dijo á su amiga.

—Compadéceme, Rosa, compadéceme. Soy muy desgraciada.

—¿Desgraciada?

—La mas desgraciada del mundo. El mendigo que no tiene pan, albergue ni vestidos, el huérfano que llora á su perdida madre, la amante que gime lejos de su amado, no pueden comparar sus penas con las mias ni tienen contacto sus dolores con mi amargura y mi dolor.

—¡Elisa!

—Sí, Rosa: mi alma está agoviada bajo un peso cien y cien veces mas pesado que la dura losa sepulcral. Me agitan continuos pensamientos que ya rechazo y ya acaricio: vienen á mis labios palabras que no puedo proferir: estoy próxima á la locura y me queda bastante razon para medir la profundidad del abismo; pero no tengo fuerzas, Rosa, para separarme de su borde.

—¿Qué tienes, Elisa, qué tienes?

—¿Qué tengo? Mi mayor tormento es callar mis crudos dolores.

—¿No soy tu verdadera amiga?

—¿Tú mi amiga?

—Desde la infancia.

—No puedes tú ser mi amiga, no. Eres hermana de Daoiz.

—Sí, soy la hermana de Daoiz, pero soy tu amiga tambien.

—¿Eres mi amiga?

—Sí.

—¿Y tú quieres que te dé parte en mis dolores?

—Sí.

—¿Quieres que te cuente....

—Sí, Elisa.

—A tí es imposible, imposible. Si pudiera decirte : Rosa, amaba á tu hermano con estremo y le olvidé con la mas negra ingratitud, pero me encuentro arrepentida y le amo como antes le amé, hablaria : mas guardo profundo silencio, porque tendria que decirte: Rosa, olvidé á tu hermano por un sueño, por una brillante fantasma; el sueño se hizo realidad, la fantasma se trasformó en hombre: he hecho mil esfuerzos para huirle; he combatido, he rogado á Dios: mis súplicas han sido vanas, y horrorizándome del abismo que abro ante mis pies amo á ese hombre como los ángeles á Dios. Esto no se puede decir, Rosa, á la hermana de Luis Daoiz.

—Eso se puede decir tambien, replicó una voz ronca y solemne, al mismo Luis Daoiz, señora.

—¡Perdon, perdon! exclamó Elisa arrojándose.

Un momento antes la mampara se habia abierto con ruda violencia, y aparecido Luis Daoiz con los ojos brotando llamas, el rostro libido y la diestra en la empuñadura de la espada: al escuchar Elisa su voz y ver su actitud airada y formidable cayó de rodillas temblando, y no cesó de repetir:

—¡Perdon, perdon!

Luis la contempló unos segundos; los músculos de su semblante, singularmente contraidos, fueron dando á todas sus facciones una espresion de cruel sarcasmo, alejó la diestra poco á poco de la empuñadura de la espada, y dijo con voz breve.

—Señora, nada tiene V. que temer: el acero de un militar no herirá el seno de una dama: herirá... herirá... ¡Tampoco puede herir, Dios mio! añadió dándose una palmada y bajando la mústia frente con doloroso abatimiento.

Rosa se apresuró á levantar á Elisa, la sentó en el sofá, y despues tocó ligeramente el hombro de su hermano.

—¿Qué quieres, Rosa?

—Nada, Luis.

—¿A qué ha venido aqui esa señora? dijo el capitán con tono brusco. ¿He ido yo á turbar su reposo? ¿No hé respetado sus caprichos? ¿No he guardado el altivo silencio que conviene á un hombre de honor? ¿No huyo, hace

tiempo, las ocasiones de interponerme en su camino? ¿No la deajo libre y tranquila? ¿Por qué viene, pues, á mi casa? ¿Por qué remueve las cenizas de este sepulcro? ¿Por qué no me deja el reposo que conviene á un cadáver?

—Luis, murmuró Rosa dulcemente.

Daoiz interrumpió su discurso, dió algunas vueltas por la estancia, y su semblante tomó la espresion del dolor. Se paró de repente ante las damas, cruzó sus brazos sobre el pecho, y dijo con voz conmovida.

—¡Cuánto la amaba, cuánto, cuánto! Sus ojos eran para mí lo que el sol para el universo, manantiales de amor y vida: su sonrisa, lo que el cielo claro para el tímido y cauto viajero: sus palabras lo que el rocío para las flores delicadas. ¡Cuánto la amaba, cuánto, cuánto!

Dos anchas lágrimas rodaron por las mejillas del artillero; eran las primeras que Luis habia derramado en su desgracia. Elisa las vió correr con orgullo y murmuró el nombre de Luis.

—¿Quién me llama? dijo el artillero.

Nadie contestó á su pregunta: las dos damas guardaron silencio. Luis meditó algunos instantes y prosiguió despues.

—No hay duda, era su voz dulce y sonora; pero aquella voz tan querida no llegará mas á mis oidos. A los pies del gran duque de

Berg pedirá amor, y el orgulloso lugarteniente del emperador la levantará por compasion para estampar sobre su frente un eterno sello de infamia.

—Luis, murmuró Elisa.

Daoiz se estremeció violentamente, se acercó á las jóvenes, agarró la mano de Elisa, y fijando en ella sus ojos inflamados la dijo:

—¿Tú eres Elisa? pues escúchame. Estas diestras, Elisa, estas diestras debian unirse para siempre, pero las desune mi desesperacion y tu infamia. ¿Qué se hicieron tus juramentos? se desvanecieron como el humo; se rompieron como la niebla; solo queda de ellos el perjurio. Mi frente, antes tersa, muestra ahora hondos surcos; mis ojos, antes radiantes, están apagados; mi alma, antes enérgica, está débil. ¿Qué ha quedado de mí? un alma enferma en un cuerpo casi caduco. Muy desgraciado soy, Elisa; pero tú eres, á no dudarlo, mas digna de compasion que yo. Te desprecio y te compadezco.

Daoiz pronunció estas últimas palabras con extraordinaria conmocion, y desapareció en el momento: Elisa lanzó un hondo suspiro, Rosa se enjugó algunas lágrimas.

Quedaron solas las dos amigas, pero no sabian qué decirse, la escena habia sido muy triste y guardaban profundos recuerdos, re-

cuerdos que hieren al alma como al corazón el puñal. Elisa abandonó su asiento con ademán de despedida, Rosa la estrechó la trémula mano, y enjugándose las nuevas lágrimas que bañaban sus negras pupilas, dijo con voz dulce y sentida.

—¿Qué ha quedado de nuestra amistad? nada, nada: la palidez sobre mi rostro y en mis ojos algunas lágrimas. Soy muy desgraciada, porque él padece, pero te tengo lástima, Elisa, porque mas desgraciada eres tú.

Elisa retiró bruscamente la mano que Rosa la estrechaba, y exclamó con desesperación.

—¡El me ha despreciado y compadecido; tú has tenido lástima de mí; solo me falta la terrible maldición del anciano!



CAPITULO XXIV.

El espía.

Fecundo iba siendo el día 30 en sucesos enlazados con nuestra historia: en su tarde hemos asistido á la reunion que tuvo lugar en los salones del noble conde de Montijo; hemos presenciado despues la entrevista de Elisa y Luis, y ahora vamos á entrar en el palacio del gran duque de Berg y Cleves.

El salon estaba alumbrado por dos grandes lámparas de bronce, y en su centro se descubria un gran bufete de nogal cu-

bierto con una sobremesa de terciopelo carmesí: sobre el bufete ardian seis belas en dos candelabros de plata, estaba una cincelada escribania del mismo metal y porcion de papel timbrado, rodeándole varios sillones. El gran duque de Berg y Cleves estaba sentado en uno de ellos, de pié y apoyándose en el respaldo del otro el impassible Duradin.

—¿Qué tenemos? preguntó Murat.

—¿V. A. no querrá saber nada ni de la salvage Dolores ni de la tímida Elisa?

—No. Elisa sucumbirá en breve, y no tengo tiempo bastante para cuidarme de Dolores. Háblame de tu comision.

—¿De mi comision?

—Sí, Duradin.

—La he desempeñado, monseñor, con entera felicidad.

—¿Entraste en casa de Montijo?

—Sin encontrar ningun obstáculo: reinaba la mayor franqueza, á nadie preguntaban su nombre y ocupaba cada cual el puesto que á sus intereses convenia.

—¿Y á qué alturas están de noticias?

—Todo lo saben, monseñor: cuanto ha sucedido en Bayona y cuanto acontece en Madrid.

—¿Qué dicen?

—Se quejan, monseñor, del emperador y de la junta.

—¿Qué motejan?

—La política del primero y la debilidad de la segunda.

—¿Están dispuestos á promover desórdenes?

—No, monseñor: prestarían apoyo al gobierno con sus haciendas y personas, pero verdaderamente no conspiran.

—Mas me convendría que conspirasen.

—No he acabado todavía, monseñor. En cumplimiento de las órdenes de V. A. anuncié la próxima partida del infante.

—¿Y esa noticia...

—Produjo la mayor alarma, y juraron oponerse á ella.

—Bien Duradin: habrá alboroto y los mamelucos tendrán ocasion de acuchillar al pueblo, bien. ¿No te pidieron esplicaciones?

—Oyeron mi voz, monseñor; pero me deslicé suavemente antes que pudieran conocerme, protegido por las sombras que apenas dejaban distinguir los objetos.

—¿A qué personas conocisteis?

—A dos no mas.

—¿Quiénes eran?

—El conde de Montijo y don Pedro Velarde.

—¿Velarde?

—Velarde, monseñor.

—Es imposible. Estais soñando.

—No sueño, monseñor, no sueño: conozco mucho al jóven Velarde y no tengo la menor duda.

—Velarde trata íntimamente á muchos generales franceses y yo le distingo.

—Velarde ha hecho una pintura triste y fiel del estado de su pais, y se ha quejado mas que ninguno de la inaccion de su gobierno.

—Es posible, dijo Murat adunando algunos recuerdos: le he instado á que pase al servicio del emperador de los franceses y abiertamente se ha negado. ¿Teneis algo mas que decirme?

—Nada, monseñor.

—En ese caso podeis retiraros hasta mañana.

El espía saludó al gran duque, este consultó su reloj y dijo.

—Solo faltan cinco minutos, muy poco tendré que esperarlos.

El cálculo de Murat fué exacto, á los pocos momentos entró el mariscal Moncey, siguiéndole de cerca el conde de Laforest, Mr. Freville, el gefe de estado mayor Augusto Belliard y algunos otros generales. Todos fueron tomando asiento al rededor de la gran mesa y el gran duque de Berg dijo.

—Señores, acabo de recibir despachos del

emperador mi cuñado fecha 29 del corriente á las siete de la mañana. Despues de largas conferencias con los consejeros de Fernando ha roto las negociaciones, declarando solemnemente que solo tratará con Cárlos IV. Este monarca habrá llegado hoy á Bayona y de grado ó por fuerza pondrá su cetro en manos del emperador. S. M. I. y R. me encarga dos cosas: primera, que sin pérdida de tiempo haga salir para Bayona á la reina de Etruria y á los infantes don Francisco de Paula y don Antonio: segunda, que hable en tono de dueño á la junta imponiéndola mi voluntad, y que dome al pueblo con la fuerza si da señales de inquietud. Para conseguir lo primero he presentado á la junta una carta del débil é incauto Cárlos IV, para que la reina de Etruria y el niño infante don Francisco vayan á reunirsele á Bayona. La junta, á propuesta de don Francisco Gil y Lemus, anciano con alma de jóven, voluntad de acero y corazon de buen marino, me ha contestado: que no tiene nada que oponer á la marcha de la reina de Etruria, pero que no puede consentir la del infante sin órden espresa de Fernando. Mañana reiteraré mi peticion, y concediendo ó no la junta saldrá el infante para Bayona, siguiéndole en breve su tio. ¿No os parece, señores, que asi cumpliré bien

las instrucciones del emperador de los franceses?

Todos manifestaron asentir á las palabras del gran duque, y este prosiguió.

—Para imponer al pueblo, señores, se me presenta una ocasion en grande manera oportuna. Sé por conducto fidedigno que la salida del jóven príncipe exaspera mucho los ánimos, y que dará causa sin duda á manifestaciones ruidosas; con pretesto de este motin daremos unas cuantas cargas al pueblo, fusilaremos unos cuantos, y bajo el imperio del terror mandaremos á nuestro antojo sin consideracion ni respetos.

—Monseñor, observó Moncey, ¿no seria mejor sacar al infante á media noche y evitar con prudente cautela el derramamiento de sangre?

—¿Tanto os lastima, señor mariscal, la de los habitantes de Madrid?

—Me lastima, monseñor, la francesa que correrá tambien.

—Un trono como el de España no se compra caro con unas cuantas libras de sangre.

—Mejor es tenerlo de valde.

Murat no replicó á Moncey; pero dirigiéndose á Belliard dijo:

—Aqui teneis papel timbrado; tomad una pluma y escribid á todos los gefes de canton,

previniéndoles estén dispuestos para caer á la primer orden sobre Madrid.

El gefe de estado mayor escribió varios oficios, y Murat los iba leyendo despues; todos guardaban compostura y el mas religioso silencio. Cuando hubo acabado de escribir, le dijo el gran duque.

—Inmediatamente los dirigireis á sus destinos.

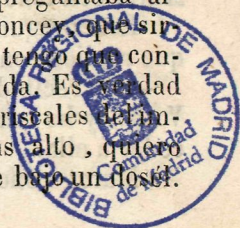
—Voy á ejecutarlo, monseñor.

Belliard se alejó en el momento, y el gran duque prosiguió.

—Señores, nada tenemos que hacer ahora. Señor mariscal, en tiempo oportuno recibireis mis órdenes.

—Y las cumpliré, monseñor, replicó Moncey tranquilamente.

Todos saludaron al gran duque con muestras de profundo respeto y abandonaron el aposento. Murat, bastante disgustado por las observaciones de Moncey, daba vueltas por el salon y se mordía á veces los labios con claras señales de despecho. ¿Qué soy yo? se preguntaba airado. Soy un mariscal como Moncey que sirvo á mi augusto cuñado, y que tengo que concretarme á las órdenes que me da. Es verdad que soy el primero entre los mariscales del imperio; mas yo quiero subir mas alto, quiero ceñir una corona, quiero verme bajo un dosel.



El trono de España, este trono que se encuentra vacío y que casi toco con las manos.... ¡Oh! bien pudiera dejar Bonaparte que yo me sentara en este trono, y quizás dentro de pocos años seria tan grande como él. Los españoles han sido otras veces los mejores soldados del mundo; adonde estaban estos tercios inclinaba su cetro la victoria, y el emperador Carlos V, preferia uno de ellos á un ejército de italianos, de flamencos ó de alemanes. Con la España y el Portugal, qué hermoso reino para mí. Un ejército de ciento cincuenta mil hombres, una escuadra de doscientas velas é imperios en el nuevo mundo, de una vez me elevaba tanto como el emperador de los franceses. Pero yo sueño; Bonaparte asentará sobre este trono á un príncipe de su apellido, y yo trabajo para él. Mejor seria.....

No prosiguió, porque escuchó ruido de pasos: se volvió el gran duque de repente y se encontró con Pedro Velarde.

—¿Qué busca V. aqui, caballero? le dijo Murat con tono brusco.

Esta pregunta no desconcertó al artillero, que replicó con noble calma.

—He recibido, Monseñor, una invitacion de V. A., y he tenido la condescendencia de acceder á ella.

Murat conoció que tratando asi á Pedro

Velarde, iba á descubrirle una gran parte de su secreto, y mudando de tono dijo.

—Perdóneme V., amigo mio, estaba muy exasperado y no sé si le habré ofendido; tome V. asiento y hablaremos.

El gran duque y el artillero se sentaron en un sofá, y aquel prosiguió.

—¿Se ha decidido V. por fin á entrar al servicio del emperador de los franceses?

—Monseñor, quiero continuar al servicio de Fernando VII.

—Es difícil. El emperador ha declarado que no reconoce á Fernando por rey de España.

—Y tambien ha dicho que establecerá sobre el trono de Felipe V á un príncipe de su familia. ¡Mucho se engaña el emperador!

—¿No podrá V. ser el engañado?

—El tiempo lo decidirá.

—La reina de Etruria y el jóven infante D. Francisco saldrán en breve para Bayona.

—Sé que asi lo ha pedido V. A., pero la junta se ha negado.

—Mucho sabe V.

—Estoy al corriente de cuanto sucede en la córte.

—Y viene V. á mi palacio, dijo el gran duque con brusco tono, para averiguar lo que en él pasa y ser un miserable espía.

—Monseñor, replicó Velarde poniéndose de

pié, he venido al alojamiento de un francés, condescendiendo á mil repetidas instancias, y por no pecar de grosero; el que ha desechado las ofertas y resistido á la seducción no es á propósito para espía. Además, solo necesitan espías los traidores, y la traicion tiene su asiento bajo el techo de este palacio.

— ¡Velarde!

— Nada tengo que ver con el lugar-teniente general del emperador de los franceses.

Velarde volvió bruscamente la espalda, y salió al momento del palacio.



CAPITULO XXV.



La cámara y la antecámara.

Amaneció el primero de mayo, dia domingo, y Murat, siguiendo su costumbre, despues de haber oido misa en el convento de Carmelitas descalzos de la calle de Alcalá, pasó revista á todas sus tropas en el espacioso paseo del Prado. El pueblo creia fingimiento la demostracion religiosa, y en el aparato militar descubria la idea de amedrentarlo con estos alardes de fuerza. A tan alto punto habia llegado la cólera y la agitacion del vecindario de

Madrid, que al volver Murat de su acostumbrada revista, fué recibido en la Puerta del Sol, con silbidos y con denuestos por la numerosa concurrencia que á la sazón allí se hallaba. El gran duque de Berg furioso con demostración tan estraña é inesperada al mismo tiempo se mordía los labios como un tigre herido, y tocó su diestra varias veces la empuñadura de su acero. El numeroso estado mayor que por do quiera le seguía, esperaba una señal del gran duque para lanzarse sobre el pueblo, mas por temor ó por prudencia arrimó espuelas al caballo y salió, alejándose al galope, de tan bochornoso mal paso. Bajo la impresión del momento pidió á la junta fieramente la partida de D. Francisco, y aplazó su cruda venganza para una ocasión no distante.

Referidos en pocas líneas los acontecimientos principales de la mañana de este día, y habiendo llegado su noche, es justo que nos traslademos á la antecámara de María Luisa, reina de Etruria. No describiremos sus colgaduras de damasco ni sus sitiales y banquetas; basta saber que la alumbraba una lámpara moribunda, y que en el parage mas oculto está una muger hermosísima hablando bajo con un hombre.

—No hay remedio, conde, no hay remedio; decía la muger sollozando.

— ¡Vive Dios! que es una desgracia, y una desgracia repentina.

— Veinte y cuatro horas por todo término, veinte y cuatro horas nada mas.

— Cuarenta y ocho se dan á un reo antes de llevarle al patíbulo: esto es juzgar militarmente.

— Conservas humor para bromas.

— No es una broma ¡vive Cristo! Te digo la verdad, Giovanna. Cuarenta y ocho horas se dan á un reo y tú no eres de peor condicion. María Luisa ya es otra cosa.

— Habla con respeto de la reina.

— La reina de Etruria, Giovanna, tiene mas de cuatro pecados sobre su conciencia, que tú y yo sabemos, y es justo que los purgue tarde ó temprano.

— No hables asi, conde, por Dios; pues sabes las faltas de la reina por mi indiscrecion.

— Calla, Giovanna, aun cuando yo no las supiera tendria que purgarlas lo mismo.

— Pero yo estaria mas tranquila.

— ¿Te pesa haberme satisfecho?

— No, conde: te amo demasiado para sentir los sacrificios que haga por tu causa.

— Muy bien dicho. Ademas que mi curiosidad y tu condescendencia no han tenido ningun resultado, pues á haberlo tenido no nos hallariamos en el trance de una triste separacion.

—¿Es posible, conde?

—Sí, Giovanna.

—¿Trabajabas para que permaneciéramos reunidos?

—Te aseguro que no nos hubiéramos separado.

—Trabaja de nuevo, trabaja, conde, aunque tengas que delatarme, y yo que pasar por espía: todo lo sufriré gustosa sino me separan de tí.

—Ya es tarde, Giovanna, ya es tarde. No hay mas remedio que sufrir.

Giovanna se cubrió el rostro con las manos y derramó abundantes lágrimas; el conde se enterneció al verla y murmuró. «Pobre muchacha, nuestro amor ha sido un pretesto, y sin lograr los resultados que me propuse la hago padecer; ¡pobre muchacha! Es verdad que yo tambien sufro; es jóven, hermosa, entusiasta, tiene una alma pura... vamos, vamos, que yo tambien pierdo en la ausencia.» Y alzando la voz prosiguió.

—¿Por qué lloras, Giovanna?

—Lloro porque esta noche nos daremos el último adios.

—Es posible; pero tambien lo es hermosa mia que nos volvamos á ver pronto.

—¿Piensas salir de España?

—Sí.